

AMALGAMA

Religithexia

Prescott propone que los afectados de anhelo a la religión sean considerados como sujetos con un trastorno reconocido en el Manual de Trastornos Mentales



JUAN EZEQUIEL MORALES

Gregg Prescott es editor de In5D y de BodyMindSoulSpirit. Hace incursiones en la problemática espiritual y metafísica, y recién ha publicado un pequeño artículo con ciertas observaciones sobre las que merece la

pena reparar. Prescott recuerda que se estima que un 80 por ciento de los humanos son religiosos. Propone que, según esto, unos 5.600 millones de seres humanos pueden verse afectados por la Religithexia. Prescott hace una comparación con el término "retraso mental", el cual, en el DSM, fue cambiado por "Dificultades en el Aprendizaje".

En este contexto de lo políticamente correcto, Prescott propone no utilizar el término "Religithard", sino el de "Religithexia" para quienes son incapacitados religiosos. La etimología arroja este vocablo del resultado de la

Probablemente parezca más fastidioso quedar en manos de los dioses que en manos de los psiquiatras

unión de relig (reverenciar a los dioses) y thexia (anhelo, deseo). Prescott propone que los afectados de anhelo a la religión sean considerados como sujetos

con un trastorno reconocido en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM). Razona Prescott con que existe, por ejemplo, un trastorno que se denomina ortotexia nerviosa, el cual se muestra como una preocupación obsesiva por evitar los alimentos poco saludables, y que con un buen diagnóstico y un psiquiatra que recete la medicina aplicable se puede superar el deseo de comer sano y se puede pasar a comer toda la comida del mercado, incluida la comida basura, sin que ello represente ansiedad alguna para el devorador. Prescott dice que para muchas personas el lavado de cerebro religioso comienza desde el momento del bautizo o del rito iniciático correspondiente a cada religión. A partir de ahí, a temprana edad, las im-

prontas grabadas en los jóvenes cerebros perduran toda la vida del sujeto, quienes no cuestionan la autoridad y, por ello, terminan creyendo, por ejemplo, en Santa Claus o en la Virgen María, por no reflejar aquí el resto de panteones religiosos existentes. Prescott se apunta a traducirlo todo desde el prisma del DSM y en Moisés, por ejemplo, podríamos ver una personalidad con Trastorno Narcisista y episodios maníacos bipolares. La religión mantiene divididos a los humanos y provoca la muerte innecesaria de millones de personas, de forma que para Prescott la "religithexia" debería ser una definición más del DSM. Probablemente parezca más fastidioso quedar en manos de los diversos dioses de las religiones que en manos de los psiquiatras. Pero algunas veces parece lo contrario: miremos a oriente medio y la locura colectiva en la que está inmersa esa parte del planeta.

CONTRA LOS PUENTES LEVADIZOS

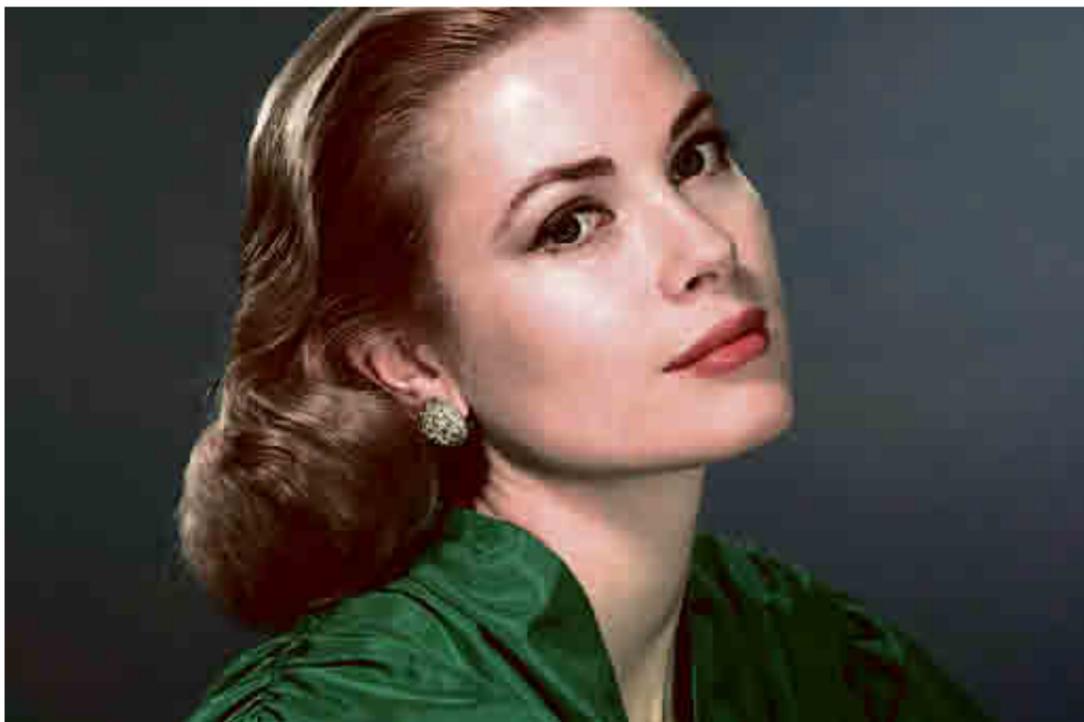
Esa rubia es mía

ANTONIO BORDÓN

Antes que nada, tengo que avisar que cualquier película de Alfred Hitchcock, incluso la más escalofriante y brutal, me parece hermosa y tierna. Acaso porque llevan una rubia dentro. Ya saben: June (*El enemigo de las rubias*), Madeleine Carroll (*Los 39 escalones*), Joan Fontaine (*Rebeca, Sospecha*), Ingrid Bergman (*Recuerda, Encadenados*), Marlene Dietrich (*Pánico en la escena*), Grace Kelly (*Crimen perfecto, La ventana indiscreta, Atrapa a un ladrón*), Doris Day (*El hombre que sabía demasiado*), Vera Miles (*Falso culpable, Psicosis*), Kim Novak (*Vértigo*), Eva Marie Saint (*Con la muerte en los talones*), Janet Leigh (*Psicosis*), Tippi Hedren (*Los pájaros, Marnie la ladrona*), Julie Andrews (*Cortina rasgada*), Karen Black (*Family Plot*).

En fin, las rubias, además de fascinantes, son importantes. Lo eran para Hitchcock, como sostiene Serge Koster en *Les blondes flashantes d'Alfred Hitchcock*, un pequeño ensayo que leí el año pasado en francés (con un diccionario en el regazo, naturalmente), y que en los próximos días publica en España la editorial Periférica con el título *Las fascinantes rubias de Alfred Hitchcock*. En el libro Koster aborda, desnudándolos como si de un psicoanalista se tratase, los temas más recurrentes en el cine de este director: el voyeurismo, la frustración sexual, la fascinación por las rubias, en especial por Grace Kelly (*La ventana indiscreta*), Tippi Hedren (*Marnie la ladrona*) y Kim Novak (*Vértigo*), actriz sobre la que hace años me entró una extraña inquina y todavía me dura.

No sé cómo lo verán ustedes, pero Kim Novak es el prototipo de actriz que está siempre por enci-



Grace Kelly. | LA PROVINCIA / DLP

ma del personaje, por encima de la historia. La primera actriz elegida por Hitchcock para el papel de Madeleine en *Vértigo* había sido Vera Miles, pero Hitchcock la sustituyó en el último momento por Novak, con quien no congenió. Cuando François Truffaut le preguntó a Hitchcock sobre el asunto, su respuesta fue que Miles "se quedó embarazada en el momento preciso de rodar el papel que iba a convertirla en una estrella. Después perdí el interés por ella". Más tarde Miles se defendió de la siguiente manera: "A lo largo de los años él siempre ha tenido un tipo de mujer en sus películas como Ingrid Bergman, Kelly y así sucesivamente.

Koster aborda los temas de Hitchcock: el voyeurismo, la frustración sexual y la fascinación por Grace Kelly

Antes fue Madeleine Carroll. No soy su tipo y nunca lo he sido. Intenté agradecerle pero no podía."

Hace algunos años, en un ensayo sobre *Casablanca* (hay edición española en *Kairós, Casablanca, una historia y un mito*), Umberto

Eco se preguntaba: "¿Cuáles son las condiciones que un libro o una película debe cumplir para convertirse en objeto de culto? Obviamente, la obra debe ser amada, pero no es suficiente". En *Las fascinantes rubias de Alfred Hitchcock*, Koster sugiere que el director de *Con la muerte en los talones* dio una dimensión mítica a sus estrellas, y no al revés. Lo que sucede, a mi al menos, es que hay fotogramas en los que aparecen Bergman, Kelly o Hedren que te impregnan, igual que un perfume de Chanel, y vas oliendo a ellas toda la vida. El libro me duró poco; es ligero y ameno. Háganse con uno. Huélanlo. Husméenlo. No se arrepentirán.

PRÓXIMO PRÓJIMO

A pesar de que se le catapultó a la fama como el sucesor de Stieg Larsson, el escritor francés Pierre Lemaître tiene un estilo propio e inconfundible como ha dejado claro en novelas como *Vestido de novia y, sobre todo, Nos vemos allá arriba*, galardonada con el premio Goncourt de 2013. En octubre regresa a las librerías españolas de la mano de Alfaguara con *Alex*, segunda entrega de la serie protagonizada por el comandante Camille Verhoeven (la primera, *Irène*, apareció el pasado mes de mayo). Verhoeven es una suerte de Maigret solitario y escéptico, que se enfrenta a los crímenes más despiadados y brutales. Si algo tiene claro Verhoeven, haciendo honor a uno de los grandes títulos de Ernest Hemingway, *The winner takes nothing* (*El vencedor no gana nada*), es que el que pierde tiene la distancia para ver lo que los vencedores no ven. *Alex*, escrita con un notable despliegue de talento y ferocidad, transcurre varios años después del caso del asesino en serie que cambió su vida. En esta ocasión Verhoeven se enfrenta a la desaparición de una mujer de treinta años que ha sido secuestrada por un asesino sin escrúpulos que se convierte en su mayor obsesión. No es sólo una novela policíaca que atrapa al lector con su intriga, sino también una provocativa exploración del mal.